

calificados como tales los sacerdotes no juramentados, los nobles, los antes titulados señores, los empleados destituidos, etc. El desarme debía efectuarse por medio de visitas domiciliarias, y el único lenitivo que se concedió en esta medida fué que las visitas no se pudieran girar durante la noche. Después de asegurar así el medio de perseguir y alcanzar á cuantos inspirasen la menor desconfianza, tratóse del que tenía por objeto herir de la manera más pronta, instalando el tribunal revolucionario; y á propuesta de Danton comenzó á funcionar aquel terrible instrumento de la desconfianza demagógica. Este hombre temible había comprendido el abuso, pero todo lo sacrificó al objeto: no ignoraba que al proceder de ligero se examina con poca atención; que un examen demasiado rápido expone á engañarse, sobre todo en tiempo de partidos, y que al incurrir en una equivocación se comete una atroz injusticia; pero á sus ojos la revolución era la sociedad acelerando su acción en todas las cosas, en materia de justicia, de administración y de guerra. «En épocas tranquilas, decía él, la sociedad prefiere dejar escapar al culpable más bien que herir al inocente, porque el primero es poco peligroso; pero, según va siéndolo más, hace mayores esfuerzos para apoderarse de él, y cuando llega á ser tan temible que pudiera aniquilarla, ó por lo menos cuando lo cree así, hiere todo cuanto excita sus sospechas, prefiriendo entonces el castigo de un inocente á la fuga del culpable. Tal es la dictadura, es decir, la acción violenta en las sociedades amenazadas; es rápida, arbitraria, errónea, pero irresistible.»

Así, pues, la concentración de los poderes en la Convención, la instalación del tribunal revolucionario, las pesquisas inquisitoriales contra los sospechosos, y un doble odio contra los diputados que se oponían á estos medios extraordinarios, fueron el resultado de la batalla de Neerwinden, de la retirada de Bélgica, de las amenazas de Dumouriez y de la sublevación de la Vendée.

Los reveses que sufría Dumouriez acrecentaban su enojo. Acababa de saber que el ejército de Holanda, retirándose en desorden, abandonaba á Amberes y el Escalda, dejando en Breda y Gertruydenberg las dos guarniciones francesas; que d'Harville no había podido conservar el castillo de Namur, y se retiraba á Givet y Maubeuge; que Neuilly, en fin, lejos de poder sostenerse en Mons, se había visto precisado á retirarse á Condé y á Valenciennes, porque su división, en vez de tomar posiciones en las alturas de Nimy, había saqueado los almacenes, emprendiendo después la fuga. Resulta, pues, que á consecuencia de los desórdenes de este ejército veía desvanecerse el proyecto de formar en Bélgica un semicírculo de plazas fuertes, que se habría prolongado desde Namur hasta Flandes y Holanda, y en cuyo centro se habría situado él para obrar más ventajosamente. Bien pronto no le quedaría nada que ofrecer en cambio á los imperiales, y caía bajo su dependencia al debilitarse. Su cólera aumentaba al aproximarse á Francia, al ver los desórdenes más de cerca, y oír los gritos que se elevaban contra él. Ya no se ocultaba, y sus palabras, proferidas en presencia de su estado mayor y repetidas en el ejército, indicaron los proyectos que se agitaban en su mente. La hermana del duque de Orleans y madama de Sillery, huyendo del destierro de que se veían amenazadas, habían ido á Bélgica para

buscar protección cerca de sus hermanos; y como residían en Ath, esta circunstancia dió nuevo pábulo á las sospechas.

Tres enviados jacobinos, un tal Dubuissón, refugiado en Bruselas, Proly, hijo natural de Kaunitz, y Pereira, judío portugués, se dirigieron al punto á Ath bajo el pretexto, verdadero ó falso, de cumplir una comisión de Lebrún; fueron á ver al general como espías del gobierno, y no les costó mucho descubrir proyectos que Dumouriez no ocultaba ya. Halláronle rodeado de los hijos de Orleans y del general Valence, quienes les recibieron muy mal, y pudieron oír las palabras menos lisonjeras para los jacobinos y la Convención. Sin embargo, volvieron al día siguiente, y se les concedió una entrevista secreta. Esta vez se descubrió el general del todo: comenzó por decirles que era bastante poderoso para batirse por delante y por detrás; que la Convención se componía de doscientos bandidos y seiscientos imbéciles, y que él se burlaba de sus decretos, que muy pronto tendrían sólo valor en el rastro de París. «En cuanto al tribunal revolucionario, añadido con creciente indignación, ya sabré yo impedirlo, y mientras tenga tres pulgadas de acero al costado, no existirá nunca semejante horror.» Desatándose después contra los voluntarios, á quienes trataba de cobardes, dijo que sólo quería tropas de línea, con las cuales tenía suficiente para ir á poner término á todos los desórdenes de París. «¿No queréis, pues, Constitución?, le preguntaron sus tres interlocutores.—La nueva Constitución imaginada por Condorcet es demasiado necia.—¿Y cuál pondráis en su lugar?—La antigua de 1791, por mala que sea.—Pero entonces necesitaríais un rey, y el nombre de Luis inspira horror.—Poco me importa á mí que se llame Luis ó Jacobo.—Ó Felipe, añadió uno de los enviados; pero ¿de qué modo reemplazaréis á la Asamblea actual?» Dumouriez parece reflexionar un momento, y al fin replica: «Hay administraciones locales, ya elegidas por la confianza de la nación, y los quinientos presidentes de los distritos serán los quinientos representantes.—Pero ¿quién tendrá la iniciativa de la revolución antes de que se reúna?—Los mamelucos, es decir, mi ejército; él emitirá este voto; los presidentes de distrito le confirmarán, y yo haré la paz con la coalición, que estará en París dentro de quince días si no me opongo.»

Los tres comisionados, ya fuese, según creyó Dumouriez, porque iban á sondearle en interés de los jacobinos, ó porque quisiesen inducirle á descubrirse más, le sugirieron entonces una idea. «¿Por qué, le dijeron, no había de substituirse á la Convención con los jacobinos, que formaban un cuerpo deliberante ya preparado?» Al ver que el rostro del general expresa una indignación mezclada de desprecio, los enviados retiraron al punto su proposición y le hablan entonces del peligro á que expondría su proyecto á los Borbones detenidos en el Temple, por los cuales parece interesarse. Dumouriez contesta al punto, que aunque pereciesen todos hasta el último en París y en Coblenza, Francia hallaría siempre un jefe y se salvaría; que en cuanto á lo demás, si París cometiese aún nuevas atrocidades con los infelices prisioneros del Temple, marcharía en el acto contra la capital, y se haría dueño de ella con doce mil hombres. Añade que no imitaría al imbécil Broglie, que con treinta mil hombres dejó que tomaran la Bastilla, y que

le bastaba situar dos cuerpos de su ejército en Nogent y Pont-Saint-Maxence para hacer morir á los parisenses de hambre. «Por último, dice Dumouriez, vuestros jacobinos pueden expiar todos sus crímenes; que salven á los infelices prisioneros, expulsando después á los seiscientos cincuenta y cinco tiranos de la Convención, y los perdonaré.»

Los comisionados le hablan entonces de sus propios peligros, á lo cual les contesta: «Siempre me quedará un tiempo de galope hacia los austriacos.—¿Queréis, pues, seguir la suerte de Lafayette?—Me pasaré al enemigo de distinto modo que él, y por otra parte, las potencias tienen muy distinta opinión de mis talentos y no pueden echarme en cara las jornadas del 5 y 6 de octubre.» Dumouriez tenía razón de no temer la suerte de Lafayette; apreciábanse demasiado sus talentos y lo bastante la firmeza de sus principios para encerrarle en Olmutz. Los tres enviados se retiraron diciéndole que iban á sondear á París y á los jacobinos sobre este asunto.

Aunque Dumouriez supuso que sus interlocutores eran jacobinos puros, no se expresó por eso con menos audacia. En aquel instante, en efecto, sus planes llegaban á ser evidentes; las tropas de línea y los voluntarios se observaban con desconfianza, y reconocíase en todo que iba á levantar la bandera de la rebelión.

El poder ejecutivo había recibido noticias alarmantes, y el comité de seguridad personal propuso y expidió un decreto por el cual se citaba á Dumouriez á la barra. Cuatro comisionados y el ministro de la Guerra recibieron orden de trasladarse al ejército para notificar el decreto y conducir el general á París. Estos cuatro enviados eran Bancal, Quinette, Camús y Lamarque. Beurnonville se agregó á ellos, y su comisión era más difícil por la amistad que le unía con Dumouriez.

La comisión se puso en marcha el 30 de marzo. El mismo día se dirigió Dumouriez al campamento de Brülle, desde donde amenazaba á un tiempo las tres importantes plazas de Lila, Condé y Valenciennes; pero hallábase incierto sobre el partido que debía tomar, á causa de estar divididas sus fuerzas. La artillería, la tropa de línea, la caballería y todos los cuerpos organizados le parecían fieles; pero los voluntarios nacionales comenzaban á murmurar y á separarse de los otros. En tal situación quedábale sólo un recurso, que era desarmar á los voluntarios; pero exponíase á un combate, y la prueba era difícil, porque las tropas de línea podían manifestar repugnancia en dar muerte á sus compañeros de armas. Por otra parte, entre estos voluntarios se contaban algunos que se habían batido muy bien, y que parecían serle muy afectos. Vacilando sobre esta medida de rigor, pensó en apoderarse de las tres plazas á cuyo centro se había dirigido, pues por este medio adquiriría víveres y le quedaba un punto de apoyo contra el enemigo, del cual desconfiaba siempre. Sin embargo, hallábase dividida la opinión en estas tres plazas: las sociedades populares, auxiliadas por los voluntarios, se habían sublevado contra él, amenazando á la tropa de línea; en Valenciennes y en Lila los comisionados de la Convención excitaban el celo de los republicanos, y sólo en Condé predominaba la influencia de la división Neuilly en favor de sus partidarios. Entre los generales de división, Dampierre se conducía con él como él se había conducido con Lafayette después del 10 de agos-

to; y otros varios, sin declararse aún, parecían dispuestos á abandonarle.

El 31, seis voluntarios que llevaban escritas con yeso en sus sombreros las palabras *República ó muerte*, se acercaron á él en su campamento, é hicieron ademán de apoderarse de su persona; pero auxiliado por su fiel Bautista, rechazólos y los entregó á sus húsares. El hecho causó un gran rumor en el ejército; los diversos cuerpos le presentaron aquel mismo día mensajes que reanimaron su confianza; y enarbolando acto continuo su bandera, destacó á Miacinski con algunos miles de hombres para marchar sobre Lila. Miacinski avanzó contra esta plaza, y habiendo confiado al mulato Saint-George, que mandaba un regimiento de la guarnición, el secreto de su empresa, éste invitó al general á presentarse en la plaza con una ligera escolta. El desgraciado Miacinski se dejó convencer, pero una vez dentro de Lila, cercáronle y fué entregado á las autoridades, dándose orden de cerrar las puertas; de modo que la división estuvo vagando sin jefes por las explanadas de la ciudad. Dumouriez envió al momento un ayudante de campo para reunirlos, pero también le cogieron, y la división quedó perdida para él. Después de esta desgraciada tentativa, probó otra contra Valenciennes, donde mandaba el general Ferrand, á quien creía muy bien dispuesto en su favor; mas el oficial encargado de sorprender la plaza descubrió sus proyectos, y habiéndose unido á Ferrand y á los comisarios de la Convención, perdióse también á Valenciennes. No le quedaba ya más que Condé: colocada entre Francia y el extranjero, sólo podía esperar este último punto de apoyo; si le perdía, érale preciso someterse á los imperiales, confiarse enteramente á ellos, y arriesgarse á indignar á su ejército si le proponía que le siguiese.

El 1.º de abril trasladó su cuartel general á los pantanos de Saint-Amand, á fin de estar más próximo á Condé; mandó arrestar al hijo de Lecointre, diputado por Versalles, y envióle en rehenes á Tournay, rogando al general austriaco Clerfayt que le conservase en calidad de depósito en la ciudadela. En la tarde del 2 llegaron los cuatro diputados de la Convención, precedidos de Beurnonville: los húsares de Berchiny estaban formados en orden de batalla delante de la casa de Dumouriez, á quien rodeaba todo su estado mayor. El general abrazó primero á su amigo Beurnonville, y preguntó después á los diputados cuál era el objeto de su misión; pero éstos rehusaron explicarse ante aquella multitud de oficiales, cuyas disposiciones les parecían poco tranquilizadoras, y quisieron pasar á una habitación inmediata. Dumouriez consintió; pero los oficiales exigieron que la puerta quedase abierta. Camús leyó entonces el decreto, recomendando al general que se sometiese. Dumouriez contestó que el estado de su ejército exigía su presencia, y que cuando estuviera reorganizado vería lo que debería hacer. Camús insistió enérgicamente, y entonces dijo el general que no cometería la simpleza de ir á París para entregarse al tribunal revolucionario; y que si unos tigres pedían su cabeza, él no estaba dispuesto á dársela. Los cuatro comisionados le aseguraron inútilmente que no se intentaba nada contra su persona, que respondían de él, que al dar este paso quedaría satisfecha la Convención, y que bien pronto volvería á reunirse con su ejército. Dumouriez

no quiso escuchar nada; rogó á los comisionados que no le apurasen la paciencia, y les dijo que harían mejor en expedir un decreto por el cual declarasen que el general Dumouriez les había parecido demasiado necesario para separarle de su ejército. Al pronunciar estas palabras, invitó á los comisionados á decidirse, y pasó con Beurnonville á la sala donde se hallaba su estado mayor, para esperar en medio de sus oficiales la resolución de los comisionados. Estos últimos, mostrando una noble firmeza, salieron un momento después, y le reiteraron su intimación. «¿Queréis obedecer á la Convención?, le preguntó Camús.—No, repuso el general.—¡Pues bien!, replicó Camús, se os suspende en vuestras funciones, nos apoderaremos de vuestros papeles, y quedáis arrestado.—Esto es ya demasiado, exclamó Dumouriez; ¡já mí los húsares!» Éstos acuden al punto, y el general les dice en alemán: «Arrestad á esos hombres, pero sin hacerles ningún daño.» Y como Beurnonville se mostrase deseoso de compartir su suerte, contestóle Dumouriez: «Sí, accederé á vuestra petición, pues creo prestaros un verdadero servicio al libraros del tribunal revolucionario.»

Dumouriez mandó que les sirvieran de comer, y enviólos después á Tournay, para que los conservasen los austriacos en rehenes; y á la mañana siguiente montó á caballo, redactó una proclama al ejército y á Francia, y halló en sus tropas, sobre todo en las de línea, las disposiciones más favorables al parecer.

Todas estas noticias llegaron sucesivamente á París: teníase ya conocimiento de la entrevista de Dumouriez con Proly, Dubouission y Pereira, de sus tentativas sobre Lila y Valenciennes, y por último del arresto de los cuatro comisionados. La Convención, las asambleas municipales y las sociedades populares se declararon acto continuo en sesión permanente; púsose á precio la cabeza de Dumouriez, y se arrestó á todos los parientes de los oficiales de su ejército para que sirvieran de rehenes. Decretóse después en París y en las ciudades inmediatas la formación de un cuerpo de cuarenta mil hombres para cubrir la capital, y se confirió á Dampierre el mando en jefe del ejército de Bélgica. Mientras se adoptaban estas medidas de urgencia, comenzaron á cruzarse como siempre las calumnias. En todas partes se confundía á Dumouriez con Orleáns y los girondinos, declarándoles cómplices. Decían que Dumouriez era uno de esos aristócratas militares, un individuo de esos estados mayores, cuyos malos principios se descubrían de continuo; que el duque de Orleáns era el primero de esos grandes que habían fingido un falso afecto á la libertad, y que se descubría después de haber sido hipócrita algunos años; y que los girondinos, por último, no eran ya sino unos diputados infieles, como todos los individuos de todas las derechas, quienes abusaban de sus cargos para perder la libertad. Dumouriez hacía un poco más tarde lo que Bouillé y Lafayette hicieron antes; el duque de Orleáns observaba la misma conducta que los demás miembros de la familia de los Borbones, y sólo había persistido en la revolución un poco más tiempo que el conde de Provenza; los girondinos, así como Maury y Cazalés en la Constituyente, y Vaublanc y Pastoret en la Legislativa, vendían á su patria tan ostensiblemente, aunque en épocas distintas. Dumouriez, el duque de Orleáns, Brissot, Vergniaud,

Guadet, Gensonné, etc., todos cómplices, eran los traidores de aquel año.

Los girondinos contestaban que siempre habían perseguido á Orleáns, y que los montañeses eran quienes lo defendieron; que estaban reñidos con Dumouriez, sin mantener con él relaciones, y que, por el contrario, los que fueron á verle en Bélgica, los que le siguieron en todas sus expediciones, los que siempre se mostraron sus amigos y habían disculpado su conducta, eran montañeses. Lasource, llevando más lejos su atrevimiento, cometió la imprudencia de señalar á Lacroix y á Dantón y de acusarles de haber paralizado el celo de la Convención al ocultar la conducta de Dumouriez. Este cargo de Lasource despertaba las sospechas suscitadas ya acerca de Lacroix y de Dantón en Bélgica. Decían, en efecto, que se habían puesto en inteligencia con el general; que toleraron sus rapiñas y dispensaron su derrota. Dantón, que sólo pedía á los girondinos el silencio, se dejó llevar del furor, y lanzándose á la tribuna, juróles guerra á muerte. «¡No haya paz ni tregua, exclamó, entre vosotros y nosotros!» Y con las facciones contraídas por la cólera, y amenazando con el puño á la derecha de la Asamblea, añadió: «Me había atrincherado en la ciudadela de la razón; saldré con el cañón de la verdad, y he de pulverizar á todos los malvados que han querido acusarme.»

El resultado de estas acusaciones recíprocas fué: 1.º, el nombramiento de una comisión encargada de examinar la conducta de los comisarios enviados á Bélgica; 2.º, la adopción de un decreto que debía tener funestas consecuencias, y en el cual se prevenía que, sin consideración á la inviolabilidad de los representantes, podrían ser acusados tan pronto como se presumiera fundadamente que eran cómplices de los enemigos del Estado; y 3.º, que se arrestara y se trasladara á las prisiones de Marsella á Felipe de Orleáns y á toda su familia. He aquí cómo el destino de este príncipe, juguete de todos los partidos, sucesivamente blanco de las sospechas de jacobinos y girondinos, y acusado de conspirar con todo el mundo, precisamente porque no conspiraba con nadie, era la prueba de que ninguna grandeza pasada podía subsistir en medio de la revolución actual, y de que la más notoria y voluntaria humillación no era suficiente para desechar las desconfianzas ni conjurar el cadalso.

Dumouriez creyó necesario no perder un momento. Viendo que Dampierre y varios de sus generales de división le abandonaban, mientras que otros esperaban sólo el momento favorable, en tanto que una multitud de emisarios trataban de sobornar á sus tropas, pensó que era indispensable ponerlas en movimiento á fin de substraer á sus oficiales y soldados de toda influencia que no fuese la suya. Por otra parte, urgía el tiempo y era preciso obrar, y en su consecuencia citó al príncipe de Coburgo para el 4 de abril por la mañana, á fin de acordar definitivamente con él y el coronel Mack las operaciones que meditaba. La reunión debía de efectuarse cerca de Condé; su proyecto era penetrar acto continuo en la plaza, purgar la guarnición de los revoltosos, dirigirse con todo su ejército sobre Orchies, amenazar á Lila, y hacer lo posible por apoderarse de la plaza, desplegando todas sus fuerzas.

Dumouriez marchó el 4 por la mañana para dirigirse



DANTON

al punto de la cita, y desde allí á Condé. Había pedido sólo una escolta de cincuenta caballos, y como tardase en llegar, se puso en camino, dando orden de que se la enviaran después; acompañábase sólo Thouvenot, los hijos de Orleans, algunos oficiales y cierto número de criados. Al llegar al camino de Condé, encuentra con gran asombro suyo dos batallones de voluntarios, pues no había dispuesto que se trasladasen; entonces quiere apearse cerca de una casa para escribir la orden de que se vuelvan, cuando oye de pronto gritos y varios tiros. Los batallones acababan de dividirse; los unos le persiguen gritando: *jaltot!*, y los otros quieren cortar la retirada hacia un foso. Dumouriez se lanza entonces con los que le acompañan, adelantase á los voluntarios que corren en su seguimiento, y como al llegar á la orilla del foso rehusara su caballo franquearle, arrojase en él, gana la orilla opuesta en medio de una lluvia de balas, y aceptando el caballo de un criado, huye á escape hacia Bury. Después de correr todo el día, llega á la caída de la tarde, y allí se le reúne el coronel Mack, advertido de lo que acababa de ocurrir. Dumouriez pasa toda la noche escribiendo, y acuerda con el coronel y el príncipe de Coburgo todas las condiciones de su alianza, admirando á los dos por su proyecto de volver á reunirse con su ejército.

Por la mañana, efectivamente, monta á caballo, y seguido de algunos jinetes imperiales penetra por Maulde y se incorpora á su ejército. Algunas tropas de línea le rodean, dándole aún muestras de afecto; pero muchos semblantes estaban adustos; la noticia de su fuga á Bury, en medio de los ejércitos enemigos, y la vista de los dragones imperiales, habían producido una impresión funesta para él, honrosa para nuestros soldados y feliz para Francia. Anúncianle, en efecto, que al saber la artillería que el general se había pasado á los austriacos, abandonó el campamento, y que la retirada de esta parte del ejército tan influyente había desanimado á los demás. Divisiones enteras se dirigen á Valenciennes para incorporarse á Dampierre, y entonces vióse en la precisión de abandonar definitivamente su ejército, volviendo con los imperiales. Siguióle un numeroso estado mayor, en el que iban los dos jóvenes Orleans y Thouvenot, y también quiso acompañarle todo el regimiento de los húsares de Berchiny.

El príncipe de Coburgo y el coronel Mack, de quienes era ya amigo, le guardaron muchas consideraciones, y quisieron tratar de nuevo con él sobre los planes de la víspera, nombrándole jefe de una nueva emigración que sería distinta de la de Coblenza; pero á los dos días dijo al príncipe austriaco que con soldados franceses, y sólo aceptando á los imperiales como auxiliares, había pensado ejecutar sus proyectos contra París; pero que en su calidad de francés no podía marchar á la cabeza de los extranjeros. Después pidió pasaportes para retirarse á Suiza, y fuéronle concedidos en el acto. El mucho aprecio que inspiraba su talento, y el poco caso que se hacía de sus principios políticos, le valieron consideraciones que no había obtenido Lafayette, quien expiaba en aquel momento en los calabozos de Olmutz su heroica constancia. Así terminó su carrera aquel hom-

bre superior, que había demostrado tanto talento sucesivamente como diplomático, administrador y capitán; tuvo además el valor del hombre civil que resiste á las borrascas de la tribuna, el del soldado que arrostra las balas del enemigo, y el del general que hace frente á las situaciones desesperadas, que se aventura en las más audaces empresas; pero que sin principios, sin el ascendiente moral que comunican, sin más influencia que la de su genio, apurada bien pronto en la rápida sucesión de cosas y de hombres, trató de luchar enérgicamente contra la revolución, demostrando al fin con un brillante ejemplo que un individuo solo no prevalece contra una pasión nacional hasta que ésta se amortigua. Al pasarse al enemigo, Dumouriez no tuvo por excusa la tenacidad aristocrática de Bouillé, ni la delicadeza de principios de Lafayette, pues había tolerado todos los desórdenes hasta el instante en que contrariaron sus proyectos. Por su defección pudo considerarse como la causa de haber acelerado la caída de los girondinos y la gran crisis revolucionaria; pero no se debe olvidar que este hombre, sin predilección por causa alguna, tenía una preferencia de razón por la libertad; no se debe olvidar que amaba á Francia; que cuando nadie creía en la posibilidad de resistir al extranjero, él lo intentó, creyendo en nuestras fuerzas más que nosotros mismos; que en Sainte-Menehould nos enseñó á mirar al enemigo con ánimo sereno; que en Jemmapes nos enardeció, haciéndonos figurar en el rango de las primeras potencias; y no debe olvidarse, en fin, que si nos abandonó, también nos había salvado. Por otra parte, ha envejecido lejos de su patria; y no se puede menos de experimentar profundo sentimiento al ver un hombre que pasó cincuenta años entre las intrigas de la corte, treinta en el destierro y sólo tres en un teatro digno de su genio.

Dampierre se encargó del mando en jefe del ejército del Norte, y atrincheró sus tropas en el campamento de Famars, de modo que pudiese socorrer aquellas de nuestras plazas que más amenazadas estuvieran. La fuerza de esta posición, y el mismo plan de campaña de los coligados, según el cual no debían avanzar más hasta que Maguncia estuviese tomada, retardaban necesariamente por este lado los acontecimientos de la guerra. Custine, que para excusar sus faltas no había dejado de censurar á sus colegas y á los ministros, fué escuchado favorablemente al hablar contra Beurnonville, á quien se consideraba como cómplice de Dumouriez, aunque entregado por él á los austriacos, y obtuvo todo el mando del Rhin, desde los Vosgos y el Mosela hasta Huninga. Como la defección de Dumouriez había comenzado por negociaciones, decretóse la pena de muerte contra el general que escuchase proposiciones del enemigo, sin que antes hubiera sido reconocida la soberanía del pueblo y de la república. Nombróse después á Bouchotte ministro de la Guerra, y aunque Monge era muy agradable á los jacobinos por su complacencia, reemplazáronle también porque no podía atender á todos los servicios de su inmenso ministerio. Resolvióse además que tres comisionados de la Convención estuvieran constantemente con nuestros ejércitos, y que cada mes se renovara uno.